

Extra

Films de amor

Odette



E. BERLINI

50cts.



LUITZ-MORATZ

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO III

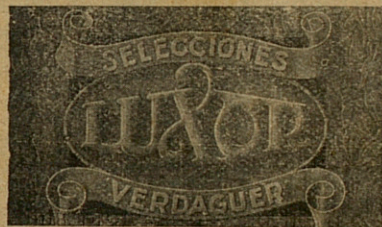
NÚM. ext.

ODETTE (1927)

Película inspirada en la famosa obra
teatral de Victorieu Sardou, genial y
último éxito de la gran mima italiana

FRANCESCA BERTINI

.....
E X C L U S I V A



Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

.....
ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PERSONAJES

Odette	Francesca Bertini
Jorge de Clermont Latour .	Warwick Ward
Federico La Hoche . . .	André Gerasch
Gastón Albert	N. N.

En la maravilla de la Costa Vasca, cerca de Biarritz tenía sus posesiones de caza y veraneo el conde Jorge de Clermont Latour, temperamento duro y enérgico que hastiado de la vida frívola de la sociedad gozaba en huir de ella durante la época estival, estación que prolongaba siempre hasta la apertura del deporte cinegético, su distracción favorita. Sin embargo, su esposa, la condesa Odette, adoraba la vida superficial de salón y el trato social, las reuniones y la música constituían el ambiente favorito de que gustaba verse rodeada.

Tan opuestos caracteres unidos en matrimonio desde hacía varios años, tenían, fruto de su unión, una hermosa niña, Susana, que contaba a la sazón unos 4 años, que constituía para la condesa su más apreciado tesoro. Pero joven y bella no quería encerrarse en la vida de la naturaleza que con su austeridad tanto atraía a su esposo Jorge. Su sentimentalidad, la hacía soñar una vida algo distinta de la que su esposo la obligaba a llevar. No obstante ella encontraba la

manera de burlar aquella esclavitud y reunía frecuentemente a sus amigos de los contornos bajo el agradable pretexto del baile y de la música. Estas reuniones compensaban a Odette del alejamiento a que se veía obligada a vivir durante la época veraniega. En las primeras reuniones había asistido siempre Jorge pero luego al hacerse más frecuentes, constituyendo ya una especie de tiranía, logró escabullirse bajo pretexto de que no podía dejar de asistir a las batidas que organizaban sus amigos que constituía un compromiso contraído con anterioridad. En el momento en que empieza nuestra narración una de las soirees en casa de Odette se halla en todo su esplendor. Aun cuando se hallan en el campo los invitados visten todos de etiqueta y las elegante toiles de las damas producen la impresión de que se trata de una de las más brillantes fiestas de París.

Odette bella como una diosa recorre los animados grupos, tiene para cada uno una galante palabra, una indicación y un elogio para la elegancia de cada dama. En su semblante se adivina que se halla en su elemento y que goza de su predilecta ocupación favorita. Brillar en los salones por su belleza y por su exquisita mundanidad y refinado trato. Al verla pasar todos la admiraban y se oían conversaciones de este tenor:



Odette de gran belleza y melancólico temperamento.

—Bellísima como siempre la condesa—decía un petimetre con gafas a lo Harold.

—Es como una reina, rodeada de su corte—afirmó un viejete de aspecto simpático.

—¿Y su marido, nuestro señor Jorge de Clermont?—preguntaba un tercero.

—Se hallará en su coto como de costumbre—replicaba uno de los invitados.

—Lástima que no sepa apreciar este tesoro que deja tan abandonado—contestó un joven de elegante aspecto y que había cazado al vuelo las palabras del contertulio que las había pronunciado.

—¿Quién es este guapo mozo?—preguntó una dama de aspecto venerable a su compañera de sofá.

—Es un tenorio cuya presencia aquí no me tranquilizaría mucho si fuera yo el esposo de Odette.

—¿Tan peligroso es el tunantillo?

—Mucho más de lo que parece.

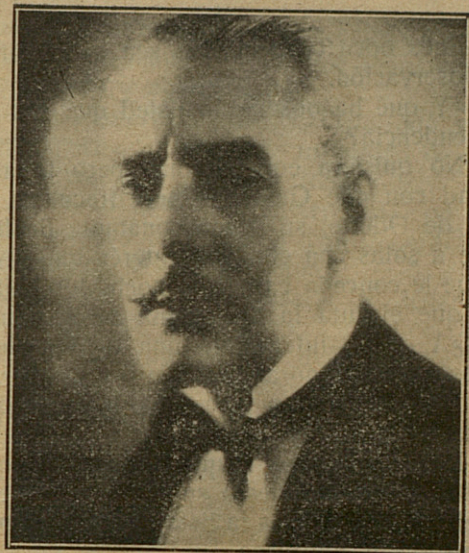
—¿Y cuál es su nombre?

—Gastón Albert, uno de nuestros propietarios rurales que más tierra posee.

—Pues nunca lo-ví por nuestras costas, se vé que el interés por sus propiedades le ha entrado de sopetón.

—Lo mismo opino yo, aun cuando no sería extraño que la belleza de Odette tuviera parte en el misterio.

—¡Ah, comprendo!—dijo una tercera da-



El Conde de Clermont Latour, era de enérgico carácter.

ma que junto con las dos que se hallaban departiendo formaban el triunvirato encargado de la murmuración.

—Cuenta usted lo que sepa doña Remedios—apresuraronse a solicitar las dos damas que no podían disimular su interés por conocer los datos que su amiga infatigable en el arte de husmear, podía proporcionarlas.

—Pues poca cosa que no sea de mi propia observación.

—¿Y qué ha observado usted que sea de trascendencia?

—No quisiera equivocarme, pero la asiduidad con que Gastón Albert frecuenta el trato de Odette, su deseo constante de hallarse a solas con ella y el interés que pone en que le conceda casi cada noche los bailes que ejecuta la orquestina se prestan...

—¿A qué?—interrompió una de las chismosas, no por ignorar a dónde iba a parar la oradora, sino por un placer morboso de que lo explicase lisa y llanamente.

—Pues sencillamente que casi juraría, que Gastón se ha propuesto sumar el nombre y la belleza de Odette a la lista de sus numerosas victorias amorosas...

—¡Oh!—exclamaron con fingida indignación las interlocutoras satisfechas de tener en breve donde morder con sus lenguas viperinas...

—No me separo de la verdad—siguió pensando doña Remedios, con fingido aire de bondad, agregando:

—Al fin y al cabo Odette es joven y hermosa y se vé continuamente abandonada por su esposo que sólo vive para la caza.

—Es cierto y además Gastón es un buen mozo, gallardo y obsequioso, un verdadero tipo de novela.

—Y como buen Don Juan sabe sacar partido de los momentos en que una mujer se siente sola y abandonada.

—Cualquiera al oírnos, diría que sabéis por experiencia propia la intimidad de la vida conyugal—dijo doña Remedios.

—¡Ah no!...—dijo la interpelada con acento de profunda tristeza y con general asentimiento de sus compañeras.

Mientras esta conversación se desarrollaba en uno de los ángulos del salón, cruzó éste Odette radiante de belleza y dejando tras ella una perfumada estela de admiración. Con paso ágil, la dueña de la casa, suplicando mil perdones a sus invitados, por la breve ausencia de que les iba a hacer víctimas (así puede decirse por su encanto en la conversación y por el brillo de su presencia), se dirigió a la pequeña alcoba adornada con exquisito gusto en que se encontraba su hija, la pequeña y monísima Susana, que en aquellos momentos era desnudada por sus camareras, que según costumbre la acostaban. La pequeña arrodillada encima de la cama rezaba con infantil fervor, mirando hacia la puerta por donde como cada noche, había de aparecer su mamá, para darle el beso que sellaba su frente al acostarse. El sentimentalismo de Odette la llevaba a levantar en el fondo de su alma un altar en el que adoraba a su Susana, como objeto úni-

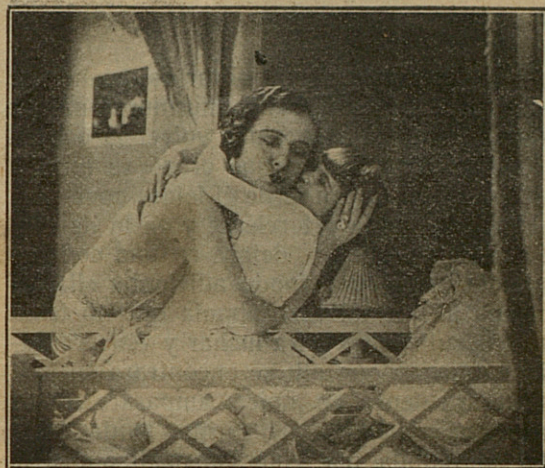
co de su amor que condensaba en aquella cabecita luminosa, cuyos dorados rizos le daban un aspecto angelical. Al entrar la condesa en el cuarto de Susana, esta oraba diciendo, en su candorosa ingenuidad:

—Diga Señor Dios... yo quiero mucho a mi mamá... y le doy muchos besos... muchos muchos....

Por entre la rendija de la puerta entreabierta Odette en éxtasis amoroso y tierno contemplaba tan bella escena, arrobada en las delicias de su amor de madre.

—Yo como soy una niña buena—continuó diciendo Susana—, me voy ahora mismo a dormir...

Odette hizo irrupción en el cuarto y como una niña que juega con su muñeca preferida, tomó en sus brazos a Susana y la besó con apasionamiento, con la impulsión y ternura que eran las características de su temperamento, la estrechó repetidas veces contra su corazón como si tuviera que separarse de ella para siempre. Después de meterla en la cama y arroparla por su propia mano, presentose de nuevo en el salón en el mismo momento en que se extinguía el dulce eco de un bello vals de suave y acariciadora cadencia. Su alma llenóse de la embriaguez de aquella belleza armónica que flotaba aún en el ambiente y dirigiéndose a los músicos, dijo:



Todo su amor, era su hija Susana.

—Señores, al salir de la habitación de mi hija, he oído esa música apasionante, ¿tendrán ustedes la amabilidad de repetirla?

Mientras la orquestina bisaba el hermoso vals, acercóse a Odette Federico La Hoche, un buen amigo del conde, que no pudiendo disimular la contrariedad que le producía su ausencia se atrevió a decirle:

—Parece que Jorge, llegará a la fiesta con el retraso de costumbre... La caza es para él más que un deporte una pasión a la que todo lo sacrifica...

—No es muy pudente obrar así cuando se tiene una esposa tan bella...murmuró una voz varonil pero grata que hizo volver la cabeza a Odette. Era Gastón que cruzó su mirada con la del joven. En la de él leíase como una admiración muda y ferviente y en la de ella, la súplica de que la dejara en paz con sus galanterías en cuyo fondo adivinaba ella algo, con lo que tal vez suponía que no tenía fuerzas suficientes para luchar y vencer. Hubiera deseado que allí se encontrara su marido para tener en quien ampararse, mas hallándose huérfana de cariño, temía entablar la batalla que con sus asiduidades le proponía diariamente Gastón.

Para rehuir la conversación, Odette se dirigió a un ángulo del salón, mas también allí la siguió Gastón, abrumándola con sus galanteos. Salió Odette a la terraza bañada por la poética luz de la luna y tras ella bajo pretexto de encender un cigarrillo salió también Gastón. La noche era bella, incitaba al amor y a la confidencia. Una brisa ténue agitaba las flores cuyo perfume saturaba el ambiente cargándolo de sensuales efluvios, Odette respiraba con fuerza embriagándose en el bello espectáculo. Su corazón de mujer que se sabe joven y hermosa palpitaba a impulsos de una emoción desconocida.

De pronto sintió como un hálito de fuego que la abrasaba la nuca. Volvióse y vió junto

a ella contemplándola con los ojos muy abiertos, absorto en el deleite que le proporcionaba adivinar los bellos contornos que la transparencia de su elegante vestido de amplio escote dejaba adivinar a Gastón, alto, esbelto, arrogante como un dios tentador en quien hubieranse personificado todas las gracias que provocan el deseo. Gastón que sabía como pocos sacar partido de las situaciones, comprendió inmediatamente que aquel instante era el preciso para obtener de Odette la máxima condescendencia. Aproximóse a ella quedamente, dominándola con su mirada penetrante e imperativa como la de un fakir y dejando que su voz tuviera la más cariñosa de las modulaciones la dijo mientras con sus brazos poderosos la atraía dulcemente:

—La amo a usted, Odette. Vivamos el momento presente sin pensar en nada... dejémonos llevar por el arrullo de esa música, por el encanto de esta noche...

Intentó ella desasirse pero algo detuvo sus fuerzas... es tan dulce para la mujer sentirse amada y comprendida en lo más íntimo de su corazón... Gastón casi rozó con sus labios los de Odette que se plegaron para formular una protesta que no llegó a salir, porque expiró en su garganta... y en tan decisivo momento cuando el galán, ladrón de amor iba a robar la miel de aquella boca... una pa-

reja que salía a la terraza cortó la apasionante escena.

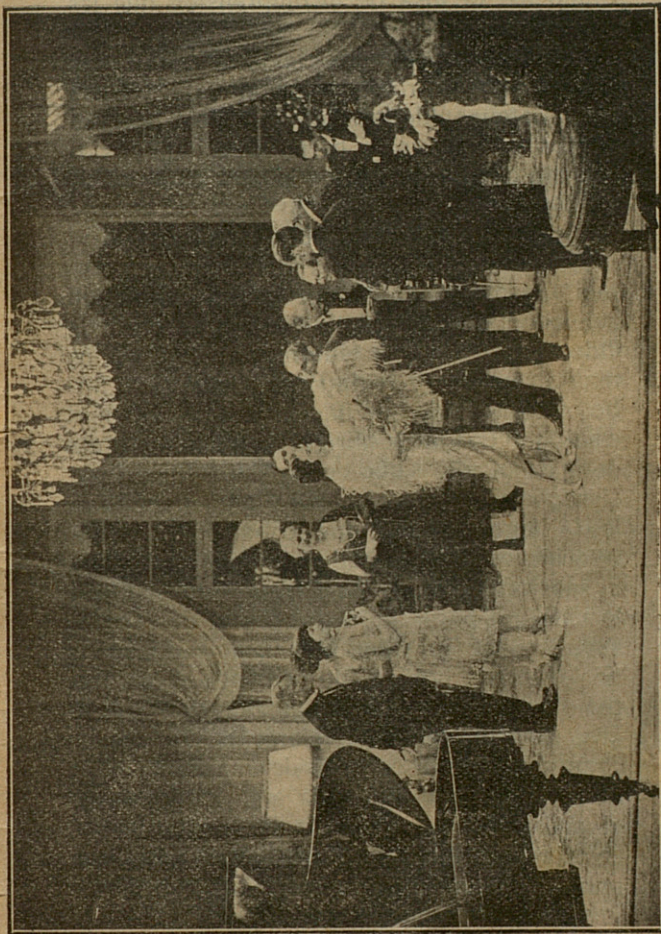
Momentos después un criado se acercaba a Odette para decirla:

—El señor Conde me manda decir que se le excuse si no viene esta noche, porque la cacería se ha prolongado hasta mañana en contra de su voluntad de asistir a la fiesta.

Adelantóse Odette hacia los invitados que la rodeaban y les dijo con acento en el que se reflejaba la más viva contrariedad:

—Lo siento en el alma amigos míos... Jorge pide mil perdones por no poder asistir a esta soirée.

No era la primera vez que casos como el precedente ocurrían por lo que los invitados fueron retirándose comentando como es natural, el divorcio que parecía existir entre los caracteres de Jorge y Odette, pues demostrado quedaba que mientras ella deliraba por las exhibiciones mundanas y la vida de sociedad, él prefería la vida agreste en plena naturaleza cazando y conviviendo con gentes de inferior condición social a la suya. Esta llaneza de carácter, había sido la causa de numerosas discusiones entre Odette y su esposo pero el había seguido su vida, indiferente a los gustos de su esposa que había mirado con menosprecio a su compañero en la vida, a causa de la disparidad de criterios que los años habían ido acentuando, ca-



En los salones del palacio de Clermont Lafour, abundaban los pretendientes de Odette.

vando así la fosa de incomprensión que les separaba.

Cuando los últimos invitados hubieron abandonado la regia mansión de los Clermont Latour, Odette frente al espejo, que reflejaba su peregrina hermosura, dejó escapar con acento de profundo desencanto esas palabras:

—¡Sola!, ¡sola siempre!...

Mas en su tristeza se engañaba, al creerse sola. Gastón no era de los que abandonaban una conquista apenas iniciada y el caso de Odette, era para un tenorio de salón, de los más atrayentes y tentadores. Cuando se hubo cerciorado de que nadie quedaba ya en el castillo, Gastón se dirigió a la balaustrada de mármol y la salvó de un salto. Luego por el soporte de una preciosa planta trepadora, logró llegar hasta el mismo balcón de la habitación de Odette, que se hallaba entregada a sus amargos pensamientos. Pensaba que la vida era para ella negra cárcel de sus ilusiones y fué considerando como sus sueños de jovencita, habían ido cediendo el sitio al tedio más fatal que pueda aletargar ilusiones, que dormir completamente, no lo lograra nunca en el corazón de una mujer. Ella hubiera deseado una vida a la moderna, en el ambiente de casinos y playas de moda, cortejada respetuosamente, alternando con mundial, considerada y envidiada con más o

menos hipocresía por sus amigas, que ahora se limitaban a decir cada vez que se referían a ella:

—¡Pobre chica... más la hubiera valido meterse a monja...!

Bien sabía ella, que más que compasión, había en estas palabras la más encubierta burla y que una y otra vez, lo oía repetir a su alrededor, como un zumbido molesto que había terminado por ser para ella una monomanía. Debía vengarse, tenía deseos de vengarse del abandono de que era objeto, pero siempre el amor inmenso que sentía hacia su pequeña, se lo había impedido, recordándole a tiempo sus deberes de madre amorosa, celosa de la futura reputación de su hijita.

En este vaivén de pensamientos, estaba Odette cuando en el espejo en que contemplaba su inútil belleza, se reflejó la imagen de Gastón. Volvióse con presteza y con ademán en el que se adivinaba la más enérgica protesta, le dijo:

—Salga... salga usted inmediatamente!

—Perdóneme usted Odette... comprenda que no dejo de reconocer que está muy mal lo que hago, pero el amor lo disculpa todo... ví la ventana abierta y...

—Márchese inmediatamente, su acción es indigna de un caballero...

—No saldré... he venido para satisfacer

un anhelo de mi corazón... yo no podía dejar de decirla, lo que inicié en la terraza, esta misma noche, Odette, yo...

Mas no pudo terminar la frase, en la que ponía todo el fuego de un actor de primera categoría en la más culminante de las escenas... Su teatralidad no hallaba un eco decisivo en el corazón de Odette, porque faltaba la sinceridad en el arranque pasional porque se adivinaba a través de sus palabras que las había murmurado infinidad de veces con una pequeña variación, al oído de muchas incomprendidas...

¿Qué había pasado, por qué la voz expiraba en los labios de Gastón...? Sencillamente el regreso inesperado del señor de Clermont Latour, que haciendo irrupción en la habitación de su esposa, iniciaba con el ladrón de honras, una lucha cuerpo a cuerpo, al mismo tiempo que le gritaba:

—Ladrón, cobarde, indigno...

La lucha fué breve. De un certero puñetazo, Jorge hombre de fuerza cultivada en los rudos ejercicios de la caza, derribó a Gastón que sangrando por la cara, salió de la estancia...

Mas no era este el mejor golpe de Jorge. Había dado secretas instrucciones a uno de sus criados de confianza, que este ejecutaba, mientras Odette permanecía casi sin aliento,

sosteniéndose a duras penas contra el marco de la ventana...

Jorge, después de la pelea con Gastón, había quedado contemplando de hito en hito a su esposa a la que ordenó enérgico, en su indignación de esposo burlado...

—Ahora tú también, márchate enseguida... pero en el acto, fuera de mi casa!

—Pero Jorge ¿por qué esta injusticia? Yo nada censurable hice, le ordené que se marchara y él se negó... te lo juro...—replicó Odette; débilmente vencida ya por la tragedia que presentía...

—No jures, lo he visto todo, cuando hace unos momentos, estabas en la terraza... antes de que se marcharan los invitados.

Era cierto. Al regresar, huyendo de los invitados que le fastidiaban, Jorge dando un rodeo por el jardín para no ser visto por los contertulios de su mujer, había presenciado el único momento de desmayo de Odette, cuando por breves segundos se había dejado aprisionar entre los brazos de Gastón... Así pues, no era de extrañar que hubiera tenido tiempo de sorprenderles, esperando escondido, la cita. Tampoco era de extrañar que hubiera tenido tiempo de ordenar al criado que se llevara a la pequeña, hacia un lugar que él solo sabía...

Por eso cuando Odette salió del aposento que había sido escenario de la violenta esce-

na con su marido y se dirigió al dormitorio de su hijita, lo halló vacío... La cuna no albergaba aquel tesoro de sus entrañas, que alguien lo había robado... Al instante en su instinto de madre y en el paroxismo de su desesperación, comprendió que era su esposo quien habíala quitado el único objeto que amaba en esta vida su desdichado corazón de donde había huido para siempre la esperanza...

—Cobarde, ladrón, devuélveme a mi hija, devuélvemela... ¡Es mía... mía! — gritó Odette.

Mas, impasible, contemplaba la escena Jorge. Ni un gesto de compasión, arrancaba a su rostro inmutable la honda desesperación de su mujer... Tenía el sentimiento de su dignidad ultrajada, de su casa deshonrada, de su vida rota y todas las torturas que infligía a Odette le parecían pocas para castigarla, para vengarse gota a gota sangrante de su corazón destrozado.

—Este es el castigo de no haber sabido ser madre—dijo Jorge con acento reposado, como el de un juez ante el sentenciado... y agregó fríamente:

—Nunca volverás a ver a Susana... Tu hija ha muerto para todos, y en especial para ti, que jamás sabrás de ella... jamás, "lo oyes?"

Pero aun debía depositar más veneno en



— Este es el castigo de no haber sabido ser madre.

el corazón de la desventurada víctima de un momento de ofuscación.

—... y también tú, has muerto para ella. Susana creará siempre que su madre ya no existe. Es un medio de evitar su deshonra.

—Yo no he hecho nada inconfesable, Jorge. Ha sido solamente un instante de debilidad, que no puedo pagar tan caro... devuélvemela... devuélvemela...

Como loca, recorrió Odette varias habitaciones del palacio, buscando inútilmente a su hija, y gritando:

¿Dónde está mi hija?... ¿dónde está?

Mas el criado de confianza de Jorge la había llevado ya a donde nadie podía suponer se encontraba la heredera del noble condado de Clermont Latour.

Jorge quería prolongar la escena para gozarse en el suplicio de Odette que él estimaba como una reparación a su honor ultrajado. La contempló largo rato y después, mientras ella lloraba, echada sobre la cuna vacía de su hija desaparecida, perdida para siempre.

—Vete... vete, no permanezcas en esta casa, que ya no lo es tuya, ni un instante más.

No se hizo repetir la orden, Odette. En aquella casa, fría y yerta desde que de ella había salido su hijita que la prestaba el calor y la vida, ya no quedaba nada que la fuera agradable. Tomó su abrigo y empezó a descender lentamente las escaleras, como si tuviese la certeza de que jamás había de volverlas a pisar...

Atravesó el parque frondoso que rodeaba el castillo, miró melancólicamente las alamedas, por donde un día corrteara en sus inciertos y primeros pasos Susana, y luego salió, por fin, del que fué su palacio. Andó al azar, en línea recta, como si el mar la atrajera... Se adentró en sus olas quietas y dormidas en la hora cercana al amanecer y dejó que la arrastrasen, jugando con su

cuerpo, como sabe la muerte jugar con sus seguras presas...

Unos pescadores que se hallaban preparando sus aparejos y redes para hacerse a la mar, se dieron cuenta de lo que ocurría y salieron hacia la playa en rápida carrera. ¿Llegarían a tiempo para salvarla?

No haga el ridículo en sociedad
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestros métodos prácticos y sencillos de

Charleston y Black Bottom

25 céntimos cada método

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

Han pasado quince años. Sobre la desaparición de Odette circula una leyenda que han acogido las gentes del lugar como explicación de su ausencia. Según ella, la señora de Clermont Latour cayó al mar al dar paseo, y en el lugar en que ocurrió este accidente se eleva un sencillo recordatorio, donde cada mañana se encuentran rosas frescas, cortadas por una mano cariñosa que no olvida a la ausente. La persona que renueva las flores, es su propia hija Susana, que creía, según le había referido su padre en varias ocasiones, que su madre, dando un paseo a la luz de la luna, por el exterior del castillo, había tenido la desgracia de resbalar, cayendo al mar desde lo alto de aquellas rocas, sin sospechar que aquella mentira piadosa envolvía, en cierto modo, la penosa confesión de la conducta algo irreflexiva de su madre. Mas no era sólo aquel recuerdo... En el fondo de su corazón, Susana, convertida en una hermosa joven de donde rendía culto a la madre muerta.

Por lo demás, en la famosa propiedad del conde, que era donde, hacía quince veranos,

se habían desarrollado los tristes acontecimientos que ya conoce el lector, nadie nombraba a la *muerta*, porque el conde de Clermont Latour así lo había ordenado a sus servidores. Entraba de nuevo el verano y Jorge y su hija Susana poblaban de animación y bullicio mundano aquella finca que tan ingratos recuerdos conservaba para el noble, que no pudo o no supo perdonar. Sin embargo, en el ánimo de Jorge se había operado un cambio notable. Aquel hombre que sólo adoraba las soledades y la caza, procuraba ahora, porque sabía que así causaba un gran placer a Susana, que su casa se viera frecuentada por amigos y hacía vida de relación. Del egoísmo de antaño, apenas quedaba algo en él, como no fuera la inquebrantable decisión de mantener alejada siempre a Odette de su hija, aun cuando desde hacía muchos años no había tenido la menor noticia del paradero de su ex esposa, lo que le tranquilizaba, pues la suponía en algún rincón del mundo, de donde jamás volvería y, por lo tanto, era casi imposible que Susana se hallara nunca frente a su madre, ni supiera de su existencia. Porque Odette vivía aún.

En una bella mañana de junio, presentóse en la Costa Vasca un joven que por los periódicos había sido objeto de artículos encomiásticos por su pericia en manejar su ca-

noa automóvil, cuya potencia y velocidad era objeto de patente admiración por parte de los deportistas de la playa. De él se hablaba siempre en los casinos y reuniones, que sólo tienen por objeto perder el tiempo de la manera más agradable posible. Susana no supo disimular que en el fondo de su curiosidad por conocer al señor de Meyran, había un interés que la preocupaba porque no acertaba a clasificarlo entre la simpatía y una inclinación. Bien es verdad que las revistas deportivas lo endiosaban como a uno de los héroes modernos que, a semejanza de los antiguos, enamoraban a las doncellas ante la ponderación de sus hazañas guerreras.

Reunida con su padre en la amplia terraza del castillo, Susana recogía flores que su paciencia la hacía cortar y reunir en hermoso bouquet.

—¿Para la mesa o para el tocador? — preguntó Jorge.

—No, papá — respondió Susana, como íntimamente molestanda al tener que revelar su secreto.

—¿Para qué uso, pues, Susana? — inquirió Jorge.

—Para adornar la tumba de mamá... Hoy se cumplen precisamente quince años de que la pobre cayó al mar...

—Es cierto, sí, es cierto—dijo Jorge, como si tratara de convencerse a sí mismo...

Mas luego, y como solía hacer siempre que la conversación derivaba hacia este punto, rompió la ilación, diciendo:

—Pero ya has leído que vamos a tener aquí a un campeón de regatas a motor, que según tengo entendido, vendrá con su canot super-racer...?

—Sí, papá — contestó ella — luego hablemos de eso y de otras cosas; del partido de tennis de ayer, del cotillón de mañana noche, de las carreras, de las fiestas populares... pero ahora, quiero cumplir con mamá.

—Sí, Susana, obras muy bien... ella lo merece... y, además, si pudiera verte, así, tan bella, tan buena...

Terminó la frase Jorge con un gran esfuerzo, mientras Susana se alejaba en dirección al sencillo monumento recordatorio de Odette, que, agitado por los vientos en lo alto de la roca, sacudía sus restos, secados por el sol de otras flores, como si quisiera demostrar que aquel tributo a la muerte, no era necesario cuando aun latía el corazón y palpataba la vida...

Cuando Susana regresaba de depositar las flores ante aquellas piedras, cruzóse en su camino el joven deportista vizconde Carlos de Meyran, que la saludó cortésmente. Una playa como la de Biarritz, es lugar apropiado para la vida de relación, y así,

aun cuando no se conocieran, pronto los dos jóvenes, ante esta simpatía que nace de la edad misma, entablaron conversación...

—¿Flores para algún ser querido?—preguntó tímidamente Carlos.

—Para mi madre... la pobre sufrió un accidente hace quince años y nunca olvido que al verme cerca de ella debe experimentar un gran placer al contemplarme desde el cielo...

—Así demuestra usted la bondad de su corazón, señorita; pero, permita usted que me presente: soy el vizconde de Meyran, mi nombre es Carlos...

—¡Ah! Ya sabía yo que debía usted honrar nuestra playa, adonde han llegado los elogios de sus performances deportivas...

—¡Bah, a mi edad y en nuestra época, sólo un joven puede sentirse satisfecho de su fama de sportman o de su felicidad de enamorado...!

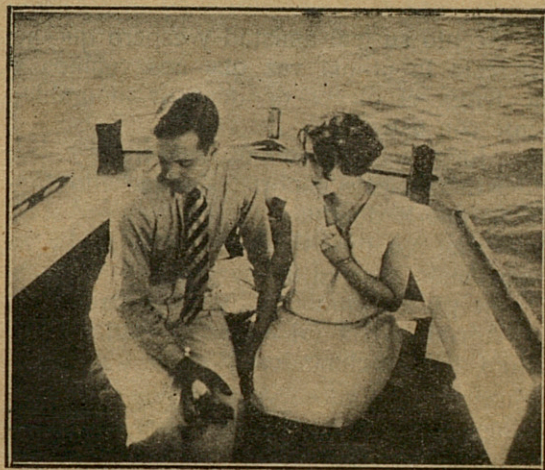
—Amor y deportes: éste parece ser el lema de la edad presente—dijo Susana sonriendo.

—Es cierto; no puede existir mejor lema para la juventud, es decir, para nosotros...

—Sí, para nosotros — repitió maquinalmente Susana.

—Pero, ¿está usted triste? ¡Ah! comprendo, el recuerdo de la madre adorada...

—Sí, para una joven de mi edad, la falta



Carlos y Susana en la primavera del amor y la vida.

de las confidencias de la madre, es un gran vacío, que llena la vida de tristeza... ¿Cómo referir a un padre severo y que infunde respeto, las mil tonterías, las ilusiones, las confesiones de una muchacha...?

—Tiene usted razón... pero el corazón de una joven es un arcano... yo no puedo atreverme a solicitar el cargo de confidente; pero sí, el de amigo... Hoy rigen nuestros actos otras costumbres... nadie puede censurar a una joven que alterne con muchachos de su edad en franca camaradería.

—Acepto su leal amistad y espero que no será ésta la última vez que nos veamos y que tenga el placer de departir amigablemente con usted...

—¿Juega usted al tenis, señorita?

—Practico este deporte, sin que ello signifique que lo domino.

—Pues, ya nos veremos en el club; la comprometo a usted un partido.

—Aceptado, para una de estas tardes.

—Agradecido a tal honor, señorita—contestó Carlos inclinándose.

Susana, sintiéndose vencida por la simpatía que irradiaba aquel joven y por la belleza del lugar, casi sin darse cuenta, le alargó la mano.

Carlos se la besó y como ella la retirara con presteza, la dijo con sinceridad:

—No la extrañe a usted, señorita, mi efusividad... existen personas que toda la vida se ven y se odian durante años... nosotros, a los pocos momentos de conocernos, me envanece el decir, si usted me lo permite... que hemos coincidido en muchos puntos... que casi hemos simpatizado...

—Sí, casi... casi...—dijo ella riendo.

Y, dando media vuelta, se alejó corriendo, movida en sus saltos y carreras de niña, por una ilusión que nacía en su corazón de mujer...

La playa de Biarritz se hallaba en su apogeo. Miles de mujeres hermosas de la nobleza o de la aventura, poblaban sus casinos, sus hoteles y sus playas, que parecían la exposición de la vanidad del mundo en su fantástica manera de vestir. Entre tanta extravagante burguesa, la severa elegancia de Susana brillaba como una flor de aristocrático jardín, y junto a ella, aprovechando todas las ocasiones, ya fuera en el paseo matinal a caballo, en el partido de tenis, en la hora del baño... siempre, veíase a Carlos de Meyran, oportuno y decidor para borrar la sombra de tristeza que se dibujaba en el semblante de la joven, en algunos momentos, cuando el recuerdo de su madre pasaba por su mente.

La amistad fué tejiendo la red de Cupido y ya francamente se habían confesado a sí mismos que se amaban. Pero callaban los dos, gozando este dulce momento de incertidumbre que precede a la declaración de amor y que es tan grato prolongar cuando se tiene la certeza de que es correspondido. Entre la colonia veraniega, que alcanzaba

por su calidad y cantidad una brillantez no igualada en anteriores temporadas, hallábase instalado en Biarritz un famoso "Instituto de Cultura y Belleza Física", que funcionaba gracias a la vanidad burguesa de los fabricantes enriquecidos, y que consistía sencillamente en un modo más o menos elegante y decoroso de sacarle el dinero a los tontos. Lo regentaba el que, sin título académico alguno, se había titulado a sí propio hueco, como el cerebro de quien lo ostentaba. El anzuelo de la Rítmica y la Plástica, le servía de cebo para explotar a los incautos. Era gracioso ver, a la hora de clase, a los alumnos maduros y obesos ejecutar una serie de ejercicios gimnásticos que les hacía adoptar las más ridículas posturas, en equilibrios grotescos. El mismo confesaba a uno de sus amigos:

—¡Valiente mina es el afán de ser eternamente joven, esbelto, arrogante... el "snobismo" de hoy, es una mina para mí! Tengo en mi academia cada pulpo que quiere destronar a la Venus de Milo, que es para morir de risa.

Y el amigo, que no era otro que el taimado Víctor de Frontenac, encantado de la perspectiva que presentaba Biarritz aquella temporada, le preguntó:

—¿No tendrías en tu famoso hotel una

habitación para que yo también pudiera montar mi negocio?

—¿Y a qué te vas a dedicar, a instalar una academia de tango?

—No, mi amigo, por otro camino voy a explotar la locura de la humanidad... teniendo esta vez su codicia: pienso instalar una sala de juego, para la que cuento ya con una segura atracción...

—¿Atracción con faldas?

—Tú lo adivinaste.

—¿De qué serviría el que nos conociéramos de antiguo?...

—Es cierto; me acuerdo perfectamente de la temporada que pasamos los dos en el presidio de la Guayana...

—¡Cuidado, que las paredes oyen; y ciertos detalles, a nadie interesan!

—Pues bien, como te iba diciendo, "Doctor Olivé", tengo en cartera una condesa auténtica que atraerá a los puntos al tapete verde, y aquello será una bendición de billetes, que irá a parar a mi bolsillo.

—¿Tan seguro es el gancho que piensas utilizar para pescar incautos?

—Nada menos que una condesa auténtica y de una belleza extraordinaria...

—¿Y cómo has conseguido mezclarla en tus asuntos?

—Muy sencillo: esa noble dama, trató de suicidarse. La recogieron unos pescadores y

al verla errante, sin rumbo para su vida, lo gré atraerla, obligándola a que viviera a mi lado, sirviéndome de reclamo.

—¿Desde mucho tiempo?

—Casi quince años llevamos recorriendo Europa y América, y hoy hemos caído en Biarritz, juzgando que cuando tú estás aquí, es que hay *pesca segura*...

Los dos amigos despidiéronse después de desearse buena suerte en sus respectivos negocios, que, hoy por hoy, en los centros mundanos, son los de mayor provecho y menos riesgo.

En tanto, en casa de Jorge de Clermont Latour, donde la felicidad reinaba gracias al amor que llenaba el corazón de la bella Susana, amenazaba infiltrarse la desolación y el dolor más intensos. Un amigo de Jorge acude a visitarle para comunicarle la terrible noticia. La confianza que entre él y Jorge media, le convirtió en depositario del secreto de que Odette vivía, y a primeras horas de la mañana, al abrir el periódico, se ha enterado con estupor de que la mujer que puede afrontar con su pasado a su amigo, el de Clermont Latour, se halla en Biarritz...

—Pero, ¿es cierto?—exclama Jorge después de escuchar la relación de su amigo.

—Ahí tienes el periódico y en él podrás ver cómo, entre las personas que acaban de

llegar al hotel, figura Odette de Clermont Latour.

—¿Pero, usa mi nombre, que no es ya el suyo...?

—Seguramente en esto estriba el secreto de su medio de vida: en ostentar un nombre que suene a nobleza.

—Yo sabía que vivía y te lo había comunicado a ti, porque Odette retiraba puntualmente la pensión de casa de mi procurador o escribía desde donde se hallaba, para que cada año se la remitieran; pero no creía que tuviera la osadía de presentarse aquí, a dos pasos de mi hija, cuando está casi prometida para casarse...

—No le veo la importancia excesiva que le das al caso... He venido sencillamente para prevenirte y que estuvieras sobre aviso.

—Pero, ¿no comprendes que Susana puede saber de un momento a otro, que su madre es una de esas mujeres que se instalan como parásitos, cada temporada, en este ambiente propicio a la aventura?

—Tal vez tengas razón, y al ver la importancia excesiva que das a la presencia de tu ex esposa, me alegro de haber sido tan diligente en avisarte.

Tenía razón el amigo de Jorge. En uno de los espaciosos salones del hotel, se hallaba Odette, que, con su presencia, contribuía a dar mayor animación. Apenas había

llegado, y la fama de su belleza había hecho acudir en tropel a toda la juventud aristocrática, deseosa de admirar su elegancia y su hermosura. Contribuía a rodearla de un atractivo galante, la historieta que el infame Frontenac se había cuidado de hacer circular de boca en boca en los corrillos. De modo que todo Biarritz estaba enterado ya de que Odette era la condesa de Clermont Latour y, por lo tanto, corría serio peligro la felicidad de Susana, a cuyos oídos podía llegar de un momento a otro, que aquella mujer extravagante era su madre.

Momentos después, a la hora del paseo matinal, Susana y Carlos se hallaban recorriendo el parque cercano al hotel, donde la juventud se daba cita para trazar los planes del día, cuando Odette acertó a pasar por allí. Casualmente en el momento en que la madre y la hija se cruzaban, Susana pinchóse en un dedo con una de las flores que recogía como de costumbre, y en cuya tarea la ayudaba Carlos, para llevarlas al recordatorio de su madre.

—Pero, Susana, ¿se ha hecho usted daño?—preguntó Carlos.

Y la madre, que oyó el nombre de su hija y que sobradamente sabía que se hallaban Jorge y ella en el castillo de Biarritz, no pudo contener un grito del alma:

—¡Es mi hija!—exclamó, casi traicionándose a sí misma.

Luego, recobrándose un poco y en el afán de tenerla entre sus brazos, se llegó más a donde estaban Susana y Carlos y ofreció a su hija un pañuelo para vendarse el dedo, lo que ella misma, en su cariño de madre, pudo efectuar por complacencia de Susana, encantada de la amabilidad de aquella desconocida, que con tanto afecto la trataba.

Fué así como, al cabo de quince años, Odette pudo acariciar a su hija un leve momento, que bastó para despertar en ella el sentimiento de su dignidad de madre.

Tentada estuvo la infeliz de estrecharla entre sus brazos, diciéndola que era su madre; pero supo callar, movida por una voz que la decía:

—¡Eres indigna de abrazar a tu hija!

Esta voz interior gritaba cada vez más alto en su alma, y Odette, dando una última mirada a su hija, fué a tomar el camino que debía conducirla al hotel. Mas al evitar el trayecto más concurrido, porque sólo deseaba ocultarse, tropezó en un recodo, cerca de las rocas que coronaban las alturas, desde donde se dominaba el mar, con el monumento funerario que recordaba que desde allí, ella, *cayó al mar*.

Con rabia inmensa, con gesto desesperado, arrojó al agua las flores que allí había

y contempló con sarcástica sonrisa cómo su nombre y una fecha que databa de quince años atribuía su muerte a un accidente. Nada la faltaba ya para suponer exactamente, sin que nadie se lo dijera, cuál era la creencia de su hija respecto a ella.

Adivinó en aquellas flores que con tanta furia había arrojado al mar, el cariño de su hija, y este nuevo dato vino a corroborar la decisión que había tomado al verla junto a Carlos, feliz en los umbrales de la felicidad y en la primavera de la vida.

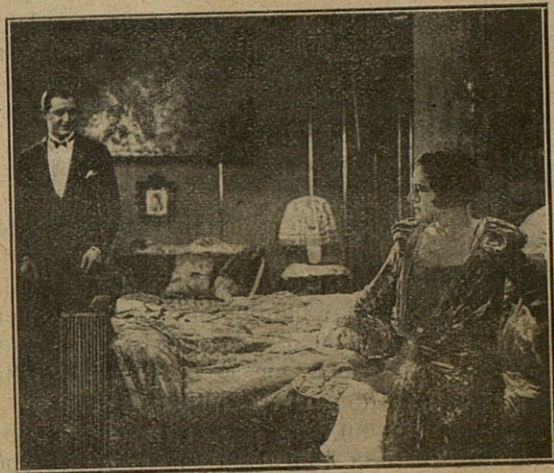
Al llegar al hotel, fastidiada por la especulación que su presencia despertaba, fué a esconderse en su habitación, adonde llegó momentos después, llamado por ella, su compañero de andanzas, Víctor de Frontenac.

—¿Me llamó la señora condesa?—dijola Frontenac con la ceremonia convencional que usaba cuando alguien extraño estaba ante ellos. Mas, no bien el groom hubo cerrado la puerta, el caballero de industria recobró su gesto íntimo de vividor y, asegurando el monóculo con cínico ademán, la dijo:

—¿Qué le ocurre a mi segura atracción?

Este nombre, con que denominaba en sus momentos de optimismo Frontenac a Odette, acabó de exasperar a ésta, que secamente le respondió:

—Pues, ocurre, que no puedo continuar en este negocio indigno de explotación a



Frontenac tenía dominada a Odette.

que usted se entrega, bajo mi amparo y complicidad.

—¡Caramba! ¿Y a qué es debido este rasgo de ecuanimidad?... ¿Deseos tal vez de entregarse a la vida retirada?

—A algo más sagrado, Víctor. En la vida, hay momentos en que una sola nos revela horizontes nuevos, rumbos desconocidos que iluminan nuestra senda...

—¿Romanticismo otra vez?

—Aun cuando usted, bajo su nivel moral, tal vez no comprende mi manera de obrar,

voy a revelarle por qué rompo con usted todo trato. Sépalo: mi hija está aquí... la he visto, he cambiado dos palabras con ella y no he tenido valor para decirla que soy su madre...

—Pero, si nos vamos de aquí, no podrá usted seguir viéndola.

—Me quedaré aquí, pero humildemente. Puedo vivir de mis rentas, de la pensión de mi marido; sólo anhelo pasar desapercibida y verla de vez en cuando, sin que sepa quién soy, sin que nadie pueda señalarme con el dedo, sin que sepa que su amiga, como ella me creará, es una mujer indigna...

—Pero, yo no puedo permitirlo: mi negocio sufriría una bancarrota inevitable. Debe usted continuar en mi compañía hasta que el negocio del juego se liquide... y precisamente ahora, que ya he firmado todos los tratos para instalar la sala de ruleta y de baccarrá. ¡Sería mi ruina, y no puedo tolerarlo!

—¡Pues, yo no seguiré esta vida, no, no! —exclamó Odette.

Mas Víctor no era hombre que se dejara burlar impunemente, ni que dejara sus intereses abandonados por causas de un sentimentalismo que estaba muy lejos de comprender.

Tomó a Odette de la mano, la oprimió con fuerza y la obligó a salir de la habitación, hacia el "hall" del hotel, diciéndole:

—Haremos aquí lo que en todas partes. Usted se exhibirá en los salones, en los tes de moda, en los paseos, en todas partes y como se niegue a secundarme, cuando tengo comprometido mi dinero y mi porvenir en este negocio, seré yo quien me llegaré a su hija y le diré quién es su madre y cómo ha vivido hasta hoy...

Odette bajó la cabeza y pareció ceder a las amenazas de Víctor de Frontenac.

Tomó su abanico, encendió un cigarrillo y por la amplia escalera descendió al "hall", recibiendo indiferente, mientras su alma lloraba, las galanterías y la admiración de los que se cruzaban en su camino.

¡¡ ACONTECIMIENTO !!

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicó en el presente mes la adaptación literaria de la famosa película

El Gaucho

Asunto de máximo interés, fe y amor.
Por el gran DOUGLAS FAIRBANKS

PRECIO

1'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

En tanto, Jorge, en la terraza de su palacio, seguía hablando con su amigo del mismo tema que tanto le preocupaba.

—Pero, es terrible, yo no puedo marcharme con Susana, así, de repente, cuando ella, aun cuando yo finja no haberme dado cuenta, sé que ama con delirio a ese Carlos de Meyran...

Mira, se me ocurre algo definitivo, un último recurso. Tú la vas a ver en mi nombre, la ofreces dinero, el que ella tase, la dirás que le doblo la pensión que le tengo asignada; pero que es preciso que se vaya lejos, a Nueva York, y que se embarque dentro de veinticuatro horas.

—Lo haré por ti, pero temo que se niegue, pues aun cuando ella tal vez transigiera, está de por medio este explotador de Frontenac, que la obligará, Dios sabe por qué medios, a que continúe aquí.

—Inténtalo, y pon en ello todo el interés, te lo suplico por nuestra leal amistad.

—Esperaré una de las sesiones de juego, así, tal vez podré obtener mejores resultados y más partido de mi visita, al exponerla

ante la realidad misma, cuál es su denigrante situación en aquel ambiente.

Mientras estas negras nubes se cernían en el horizonte, el amor de Carlos y de Susana iba en aumento. Noticiosa la madre de Carlos, la noble marquesa de Meyran de que su hijo deseaba pedir la mano de Susana, trasladóse a Biarritz para entrevistarse con Jorge, a fin de poner en un plan de seria tramitación el asunto del matrimonio que, por otra parte, la complacía en extremo porque conocía las bondades que adornaban a la hija de los Clermont Latour. Sin embargo, también habían llegado a sus oídos ciertas murmuraciones sobre la madre de Susana y, decidida a averiguar lo que en ello hubiese de cierto, se trasladó a la famosa playa con intención de comprobarlas.

A su llegada al hotel, la señora marquesa de Meyran procuró estar atenta a las conversaciones que en su derredor se podían escuchar. Claro está que poco tardó en darse cuenta de que todas versaban sobre la llegada de una aventurera que trataba de montar una nueva sala de juego en el domicilio donde estaba instalada la famosa institución del masaje, la rítmica y las ciencias de la belleza, rejuvenecimiento, etc.

Celosa como buena madre de la felicidad de su hijo, prestó, cierta tarde, atento oído a una de las conversaciones, que, como to-

das las del hotel, versaban sobre la manera de vivir de Odette. Una de las damas que formaban el corrillo, exclamaba indignada:

—¡Pero, señoras mías, es el colmo del cinismo, presentarse delante de su marido, el conde de Clermont Latour, después del escándalo de hace años!...

—¡Y no es eso todo!... Se dice que esta noche inaugura una sola de juego en sociedad con un vividor innoble, llamado Víctor de Frontenac.

Con lo que sabía, tenía suficientes datos la señora marquesa de Meyran para escandalizarse y dar por terminadas las relaciones de su hijo. Pero la contuvo el amor que profesaba a éste, y que por ningún oro del mundo hubiera querido que tuviese uno de esos desengaños que truncan para siempre la vida de un hombre joven.

Tomó el mejor partido que podía adoptar y fué a visitar al conde de Clermont Latour. Este la recibió en el acto y, presintiendo el motivo de su visita, una nube de tristeza ajó su austero semblante, que había sabido resistir sus propios dolores; pero ahora se trataba de la vida futura de su hija, y ya el dolor era más intenso y asomaba su melancolía invencible.

La marquesa dió a conocer sus temores, expresándose en estos términos:

—La voluntad de los hijos, merece todos

nuestros respetos, pero también el mayor desvelo por su futuro. No podemos edificar el templo de su felicidad a tontas y a locas, para que luego se derrumbe con estrépito... La vida pasada de la señora condesa, su nueva aparición de modo tan ostentoso y cerca de Susana, verdaderamente no presagían bienandanzas para los novios.

—Crea, señora, que estoy verdaderamente apesadumbrado y que, por todos los medios, trataré de alejarla, de obtener la promesa de que no volverá a ponerse en el camino de su hija.

—Esto sería lo más propio y espero que usted lo logre, señor conde, para dar mi definitivo consentimiento a esta boda.

—No se me oculta que todo el mundo habla de este enlace, que me llena de orgullo como padre; pero también comprendo que debe realizarse con las debidas garantías... No puedo suponer que un día Carlos reproche a mi hija la conducta de su madre y que éste sea el nacimiento de una desunión que daría los más amargos frutos, considerándonos nosotros como los encubridores de todo lo ocurrido.

—Tiene usted razón, y sólo en su caballerosidad fío para terminar este estado de cosas que es el tema de todas las murmuraciones.

Despidióse la marquesa de Meyran, satis-

fecha de haber celebrado esta entrevista con el conde de Clermont Latour y convencida de que éste hallaría la manera de solucionar este conflicto. Su corazón de madre pudo respirar satisfecha, abriéndose a la esperanza de que la boda podría celebrarse. Bien sabía ella con qué ilusión Carlos esperaba el momento de dar su preclaro nombre a Susana.

Mas, veamos en tanto, con cierto dolor, aunque sólo seamos espectadores de este drama, cómo las cosas iban por bien distinto camino.

En el piso alquilado por Frontenac en casa de su compinche, el titulado "Doctor Olivé", se realizaban los más febriles preparativos de última hora para la inauguración. Se instalaban saloncitos confortables alrededor de la gran sala de juego y el servicio de bar y "fumoir" se montaba con todos los refinamientos que la selecta clientela demandaba. El propio Víctor, daba personalmente las últimas disposiciones para que la "timba" fuera todo lo agradable que se requiere para que los cándidos dejaran allí, uno tras otro, sus billetes, asegurando, con su amor al vicio, la próspera vida del negocio indigno. Pero no ignoraba Frontenac que todo el mundo, tanto como tentar su suerte, deseaba ver de cerca y poder alter-

nar con Odette, que, naturalmente, ocuparía su sitio en la mesa de juego.

Cuando llegó la noche, estaba todo listo para la inauguración. Empezaban a llegar los clientes, que se acomodaban en los sillones, consumiendo cocktails y fumando egipcios para dar a su ánimo el temple necesario para vaciar inconscientemente sus bolsillos sobre el tapete verde. En una habitación contigua, sola con Frontenac, la desdichada Odette reñía la batalla más cruel de su vida.

—Ande a la sala de juego; todos están esperando ya.

—¡Qué terrible dolor, Dios mío! Cada día esta misma farsa, y yo no puedo resistirlo ya... esas miradas de curiosidad, me traspasan el corazón, me siento avergonzada, indigna—replicaba Odette a Frontenac.

—Vamos, déjese de tonterías. Esta noche, por ser la inauguración, haremos un excelente negocio; la sala presenta un aspecto animadísimo.

Pero, lo que no sabía Frontenac, es que desde que había puesto los pies en Biarritz, le seguía la pista la policía, que, enterada de sus manejos poco lícitos y de otras cuentas que aun tenía que saldar con la justicia, había designado a uno de los más expertos sabuesos para que se introdujera en la sala de juego. Efectivamente, en ella se hallaba un individuo, vestido de manera algo estra-

falaria, que le hacía pasar por algún tendero enriquecido y que, haciéndose el tonto, fué entablando conversación con los dependientes, que veían en él una futura víctima caída en la trampa, y sin darse cuenta, le fueron proporcionando los datos que él necesitaba para completar su información detectivesca. Cuando el detective estaba al corriente de los datos que deseaba conocer, fué al teléfono y pidió comunicación con sus jefes.

—Ya estamos al cabo de la calle—les dijo—. ¿Cómo he de obrar?

—Dentro de media hora, cuando el juego esté en su apogeo, descubre usted las trampas, y ya en la sala habrá varios agentes que le ayudarán a detener a los puntos de cuidado, y de un modo especial, procure que no se escape Frontenac, conocido también por Dubois.

—Sí, sí; éste es el que buscamos—dijo el agente.

En tanto, en un momento en que Odette abandonó su sitio en la mesa de juego, burlando la vigilancia de que era objeto por parte de Frontenac, pudo llegar hasta ella el amigo de Jorge, que tenía el encargo de hacerle saber su deseo de que, en bien de Susana, abandonara Biarritz. Al verle, Odette se inmutó y exclamó amargamente, abandonando su fingimiento:



—Quince años han pasado desde entonces, mi buen amigo. Ya sé que viene usted a proponerme algo de parte de Jorge... lo adivino, lo presiento: que me marche, que no añada a la deshonra, el escándalo. No soy tan culpable como él se figura; esto, dígaselo de mi parte... ¡Fué Jorge muy severo al juzgarme!

—No se aflija; soy un mediador que nunca ha dudado de que ustedes dos sólo coincidirían en salvar el porvenir de Susana...

—¡Si usted supiera lo que he sufrido! En vano he rogado a ese malvado de Frontenac que me dejara partir. Me obliga a permanecer a su lado con amenazas: me dice que revelará a su hija quién es su madre... Vea usted lo equivocado que está Jorge, si se figura que yo trato de presentarme ante Susana, dándome a conocer.

—Es cierto; pero Jorge desearía que se marchara usted a América.

—¡Alejarme de mi hija, jamás; que venga él si se atreve! ¡Eso, nunca! ¡Me ocultaré, sí, pero donde, al menos, pueda verla.

En este diálogo estaban cuando en la sala de juego resonó la voz imperiosa de *¡Alto a la policía!* El cándido punto que era en realidad un agente, acababa de descubrir las trampas de Frontenac y lo había cogido in fraganti con las cartas marcadas en la mano. Armóse una confusión horrible y cuan-

do el tramposo trataba de evadirse, acudieron otros agentes con el jefe de policía y el propio Jorge a la cabeza, que, gracias a su amistad con el inspector, había logrado permiso para acompañarle. El pobre padre quería estar allí para proteger a Odette del escándalo, no por ella, sino por la trascendencia que esto podía tener para su hija.

Los siete niños de Ecija

Historia llena de emoción y aventuras,
según datos y apuntes recopilados
en los archivos y principales biblio-
otecas de Madrid y Sevilla

CUADERNO PRIMERO

EL JURAMENTO DE LOS BANDIDOS

Precio del cuaderno: 25 céntimos

Pedidos a Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

En el aposento donde Odette se había refugiado, penetró Jorge y escondió a su mujer de las pesquisas de los agentes.

—Te he evitado que fueras detenida como cómplice de esos ventajistas que robaban el dinero gracias a sus burdas martinгалas. Frontenac ha sido detenido y estará dentro de poco en el alojamiento con rejas que se merece. Ahora, tú, márchate cuanto antes, sal de Europa, ¡te lo exijo!

—¡Eso, nunca, Jorge!

—Tu presencia aquí es un peligro para la felicidad de tu hija Susana... ¡lo exige la familia del novio, a quien ella adora!

—Pues bien, partiré, pero con una condición... ¡te lo pido por lo que más quieras! Me presentaré ante ella como una amiga de su madre muerta. De mis labios, no saldrá una sola palabra que revele la verdad: sufriré, pero callaré...

—No lo consiento—dijo Jorge secamente.

—Una vez, Jorge, una sola vez... ¡Por tu amor de otro tiempo, más feliz que éste!

Jorge calló. Sin darse cuenta, el amor de su mujer por Susana, le iba venciendo.

—Déjamela ver, y después me marcharé para siempre. Quiero verla, tengo el derecho de verla, es mi hija, tan suya como mía... ¡Si te niegas, mañana lo sabrá todo!

—Es demasiado peligrosa la prueba —replicó Jorge, entablando ya discusión.

—La entrevista que te pido, podría celebrarse sin peligro, estando tú presente...

—¡Quién sabe!—dijo Jorge transigiendo.

—Entonces, tú mismo te encargas de señalar día y hora.

Al día siguiente, Jorge lo tenía todo dispuesto. El se hallaría presente para evitar que algún gesto o alguna palabra vehemente de Odette lo echara todo a perder. A primeras horas de la mañana, cuando Susana regresaba de su acostumbrado partido de tennis con Carlos, halló en el aposento de su madre a Jorge y a una dama vestida con severa elegancia. Era Odette, que mientras recorría con la vista aquellos objetos, que no había podido olvidar, exclamaba para sus adentros:

—¡Todo está igual; nada ha sido cambiado!

Jorge, al ver llegar a su hija, se adelantó diciéndola:

—Esta señora, Susana, es una amiga de

tu pobre madre, a la que he pedido viniera a verte para que te hablara de ella.

—¡Cuánto agradezco su visita, señora!

—¡Oh, qué felicidad!—exclamó Susana.

—Su madre y yo éramos tan amigas, estábamos tan identificadas la una con la otra, que parecíamos la prolongación de una misma persona. Salgo mañana para Nueva York y quisiera hablarle de su madre antes de mi partida...

—Siéntese, señora, era éste su aposento, donde yo gusto de permanecer, porque así me parece que me envuelvo más en su recuerdo.

—Su madre y yo, señorita, éramos tan íntimas, que nos tomaban por hermanas.

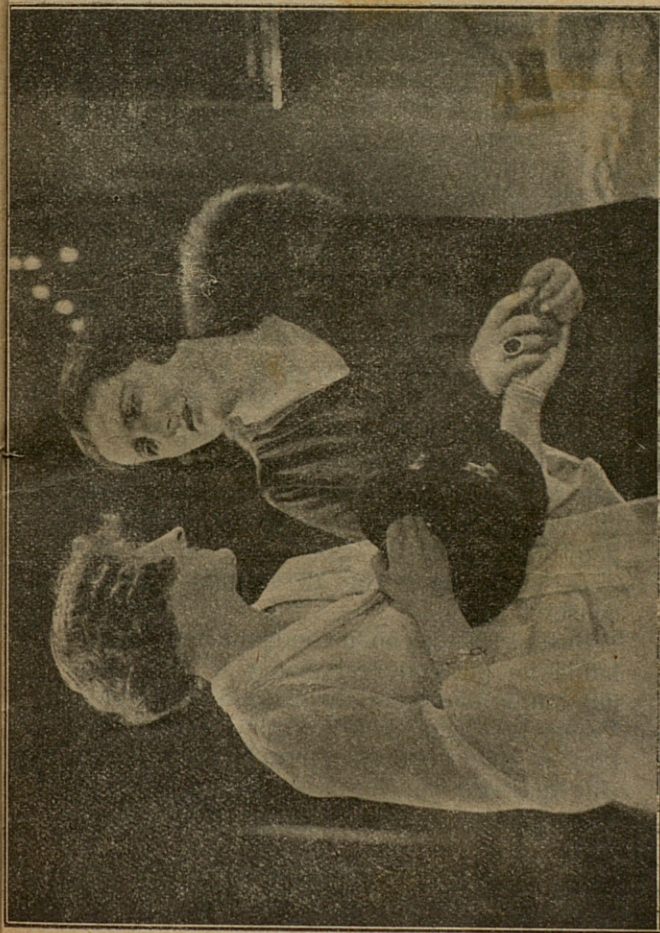
—Hable usted de ella; no puede figurarse cuánto venero su memoria...

—No he querido dejar pasar esta ocasión; me marchó mañana al amanecer, y ¡para siempre!

Jorge titubeaba en dejarlas solas; pero la dama de compañía, que conocía el secreto pasado de Odette, viendo su sinceridad, dijo al conde:

—Déjelas usted solas; le respondo de que la señora nada dirá que pueda comprometer la vida futura de Susana.

Quedaron solas Susana y Odette y ésta le preguntó, acercando su silla a la que ocupaba su hija, que allí, a pocos pasos de su



— ¡Oh, qué felicidad!

corazón, le acababa de asegurar que la recordaba, que la reverenciaba en lo más íntimo de sus recuerdos.

—Su madre la quería a usted tanto, tanto... ¡cuántas veces me lo había confesado! Era usted su única ilusión en este mundo.

—Es cierto; mi papá me lo ha dicho muchas veces...

—Pero, me habló usted de recuerdos de su madre; ¿quiere usted mostrármelos?

—Sí—dijo Susana, y la enseñó las flores preferidas de Odette.

Y luego, mostrándole un devocionario, la dijo:

—Este era el libro de horas del cual tomaba mamá las oraciones que hacíamos juntas. A pesar del tiempo transcurrido, los recuerdos todas, parece que oigo su voz al repetírmelas antes de acostarme.

—Pero, y un retrato de su madre, ¿no lo conserva usted?

Susana la enseñó un medallón en el que había un bucle de cabellos y el retrato de una mujer, aproximadamente de su edad... Todos los demás retratos que de ella existían, ya había podido comprobar que habían sido quitados por Jorge, y adivinó fácilmente el motivo previsor que le había hecho obrar así.

—¿Sabía usted que este medallón tiene un compartimiento secreto?—dijo Odette.

—Sí—respondió Susana, y lo abrió. Pero allí tampoco existía su retrato. Había solamente un mechón de cabellos de Odette. Esta los tomó y la dijo:

—Este es el único recuerdo de su madre que usted debe amar... Es la auténtica reliquia. El retrato éste... no tiene gran parecido con ella. Era mucho más bella, algo así como... mi cara, decían todos los que conocieron a las dos, que teníamos un raro parecido. Al mirarme a mí, hágase usted cargo de que mira a su madre... muerta.

Y Odette estrechó entre sus brazos a Susana, pugnando por decirle la verdad... pero la aparición de Jorge, que tras una cortina contemplaba la escena, pronto a cortarla, la contuvo... Meditó y calculó que la felicidad de Susana estribaba precisamente en que nunca supiera quién era su madre... ¡en realidad!

La joven, emocionada, quiso corresponder a la ternura de aquella alma desconocida que tan cariñosamente la trataba, y la dijo:

—Antes de que usted se marche, quiero tocar al piano la partitura favorita de mi madre, que usted recordará tal vez...

Y ante la complacencia de Odette, que sentía que las fuerzas la abandonaban, dejó que por aquella estancia querida vagasen las notas de una melodía que era como una

caricia bienhechora de la brisa, después del huracán de la tormenta.

Juzgóse a sí misma y comprendió que si permaneciera unos momentos más, podría traicionarse, y, levantándose, dijo a Susana:

—He de marcharme; pero lo hago a gusto, sabiendo que usted no olvida a su madre y que por mí la ha recordado unos momentos con enorme intensidad. ¡Ah, qué gran satisfacción para una madre verse amada así! Eso compensa todas las desdichas del mundo.

—Pero, señora, quédese. El recuerdo de su amiga parece que la ha afectado mucho.

No quiso quedarse Odette. Besó a su hija largamente y la dijo como final, con una voz débil por la emoción:

—Tal vez así la hubiera besado su propia madre... si... si viviera...

Al salir Odette, cruzóse con Jorge, que la acompañó. Estaba arrepentido, el marido, de su conducta inflexible, y lo reconocía. Vencido su orgullo por el amor y el sacrificio demostrado por Odette, la dijo al despedirla:

—Reconozco que he sido injusto contigo.

—Ahora, ya es tarde para remediar el daño... Tal vez ni yo misma lo merezco como entonces. ¡Es mi vida y mi destino!

Salió Odette y, como quince años atrás, sintió la atracción del mar que la llamaba



por segunda vez; pero ahora definitivamente...

Lanzóse a las aguas silenciosas, que guardaron piadosas su secreto... Nadie presencié la acción para salvarla de la muerte... Allí pereció, dando la razón al fúnebre recordatorio que, desde lo alto, proclamaba su desaparición hacía quince años... Fué seguramente su deseo, de que no se le contaran en la eternidad justiciera, esos quince años en que fué, más que nada, cadáver viviente que no tuvo tregua para su dolor y cuyo leve momento de vida, fueron los minutos pasados junto a su hija, que la reverenciaba y la amaba en la muerte que ahora encontraba...

Cuando se quedaron solos Jorge y su hija, ésta le preguntó:

—Papá, ¿la volveremos a ver?

—No lo creo, hija mía; ha partido para no volver. Pero ahora, más que nada, debe preocuparte tu próxima boda, para la que no existe ya obstáculo alguno...

—Pero, ¿es que había alguno...?

—¡No! —gritó Jorge con aspereza, perdiendo su calma habitual — porque si así hubiera sido, tu padre habría sabido suprimirlo...

Calló Susana y cuando, horas después, llegó la noticia de que la amiga de su madre había muerto en circunstancias tan pareci-

das a las de Odette, su padre la dijo, como cerrando para siempre el camino a toda pregunta:

—Sí, es cierto, la amiga de tu madre ha muerto... Era una excelente mujer, créelo siempre así y reza por ella *¡como si fuera tu propia madre!*

FIN

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

B E N - H U R

y que ha consagrado al joven actor

RAMON NOVARRO

50 cts.

Solicite ejemplares antes que se agoten a
BIBLIOTECA FILMS, Apartid. 707. Barcelona

Los grandes éxitos de BIBLIOTECA FILMS

Las Grandes Novelas de la Pantalla

1.50 ptas. tomo

RESURRECCION	Rod la Roque
JAUQUE A LA REINA	Charles Dullin
EL GAUCHO	D. Fairbanks
LA CABAÑA DEL TIO TOM..	James B. Lowe

Selección de Biblioteca Films

50 cts. novela

BEN-HUR	Ramón Novaro
LA PEQUEÑA VENDEDORA ..	Mary Pickford
D. QUIJOTE DE LA MANCHA.	C. Schonstrom
EL CIRCO	Charlot
EL ESPEJO DE LA DICHA...	Lily Damita

Selección de Films de Amor

50 cts. novela

EL CUARTO MANDAMIENTO.	Mary Carr
ODETTE	F. Bertini
FLOR DEL DESIERTO	Ronald Colman

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Añadiendo cinco cts., se remiten los paquetes certificados

EDICIONES "BIBLIOTECA FILMS"

Las mil y una noches

LA OBRA
DESEADA

Pida en seguida los primeros cuadernos

*Ali-Babá
y los cuarenta ladrones*

En un solo cuaderno

Aladino

o

la lámpara maravillosa

En dos cuadernos

30 cts.
cuaderno *Historia
del caballo encantado*

En un solo cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a

Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Infierno	C. Vernades
Koenigsmark	J. Catelain
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga...	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Coman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas,
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

GRAN EXITO EN
SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

EL CIRCO



Emocionante novela de
asun o cómico y fondo
dramático, creación del
gran actor e inimitable

Charles Chaplin

"CHARLOT"

PRECIO DE LA OBRA: 50 CENTIMOS

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS Apartado 707-Barcelona